

PUNTOS DE VISTA

Heraldo de Aragón Domingo, 29 de noviembre 2015

NUESTRA CASA COMÚN

JESÚS MARÍA ALEMANY

Mencionar París produce miedo. Los pelos se nos ponen tiesos como escarpas. La inhumanidad del terrorismo yihadista en una relativa cercanía y su tratamiento mediático hacen que sea percibido como actual enemigo mundial número uno. Sin embargo, si logramos cierto equilibrio personal y colectivo, aunque reconozcamos el peligro y crueldad del terrorismo al que nos enfrentamos, intentaríamos reducirlo a su justa medida. Mucho menor por ejemplo que el cambio climático, la mayor amenaza del planeta, casa común, no sólo para nuestra supervivencia sino para la de futuras generaciones. La respuesta a este desafío global está paradójicamente en nuestras manos, esas que serían incapaces por sentido humano de activar una bomba o de empuñar un kalashnikov, y por supuesto de ansiar la autoinmolación.

Si fuéramos consecuentes con su trascendencia estaríamos en vilo ante la Cumbre sobre el Clima que mañana se abre en París con la participación al más alto nivel de 195 países. Las siglas COP 21 aluden al nombre técnico: “21ª Conferencia de las Partes signatarias de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático”. Para comprender qué hay detrás de esa jerga conviene recordar que la comunidad científica afirma con rotundidad que el calentamiento global del planeta es inequívoco, que lo produce la emisión de gases invernadero (CO₂) vinculada a la actividad humana y que se debe sobre todo al uso de combustibles fósiles (petróleo, gas, carbón).

El grito de la Tierra está muy relacionado con el grito de los pobres, particularmente vulnerables a los procesos de desertificación, deforestación, escasez de agua, dificultades para agroalimentación y para cobijarse de temperaturas inclementes (consulta la web de Ecodes sobre todo www.cambioclimaticoypobreza.org). También existe una clara vinculación con el clamor por la paz, ya que la escasez de recursos alimenta los conflictos y la violencia. La reconciliación con la Tierra y entre los seres humanos son dos caras en la misma moneda.

Tenemos la esperanza de que en París se alcance un acuerdo sobre el clima, justo, vinculante y que tenga en cuenta a los más débiles. Llevamos ya 20 años esperándolo pero no podemos renunciar. Ante el enorme desafío urge una dosis de audacia en los líderes reunidos en París. Los ciudadanos hemos de empujar política y moralmente a los gobernantes (España es el país europeo que más elevó sus emisiones de CO₂ desde 1990) y a la vez tener el valor de renunciar a la obsesión por un modelo de desarrollo irresponsable e insostenible, con más razón que cuando parecemos dispuestos a ceder libertades por miedo al terrorismo.

